



www.loqueleo.com

© 2014, Edgar Allan García

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-793-1

Derechos de autor: 044559

Depósito legal: 005181

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2014

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Junio 2017

Quinta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Roger Ycaza

Actividades: Francesca Ayala

Corrección de estilo: Gabriela Tamariz

Diagramación: Juan Carlos Carrera

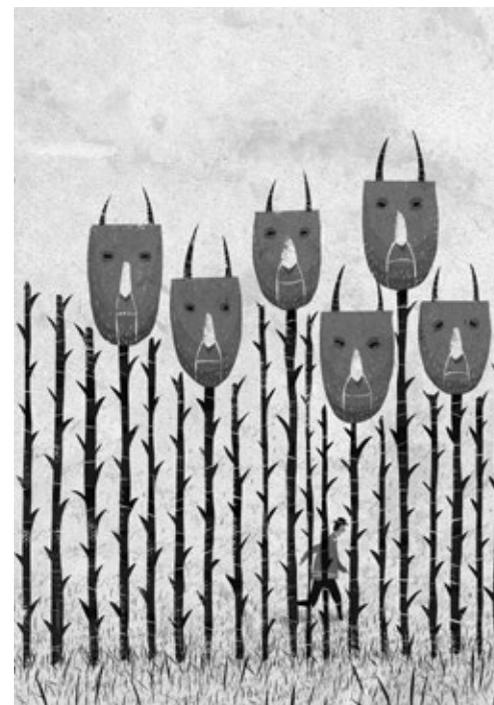
Supervisión editorial: Alejo Romano

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Leyendas del Ecuador 2

Más historias divertidas y asombrosas

Edgar Allan García



loqueleto



*A mis legendarios hijos:
Solsiré, Alejandro, Saraluz y Juan.*



«Me contaron mis abuelos que hace tiempo...».

JOSÉ BARROS, *La piragua*

«Una noche, a las diez de la mañana...».

JOAQUÍN SABINA, *Cristales de Bohemia*



A manera de introducción	13
Serafín y el demonio (El Oro)	17
El gallazo de la Catedral (Pichincha)	23
El Hijo del Chimborazo (Chimborazo)	31
Fantasmas en el cementerio (Guayas)	41
El Triángulo de las Brujas (Imbabura y Carchi) ...	47
La Madre Goyita (Manabí)	59
El Tin Tin y el primer amor (Santa Elena)	67
El Toro Pinto (Loja)	77
...y el dios Chiga creó el mundo (Amazonía)	83
Cachari: el cerro de los amantes (Los Ríos)	95
El misterio del nuevo dueño (Cañar)	101
La serpiente de agua (Esmeraldas)	109
Arútam y el niño shuar (Amazonía)	119
Biografía	145
Cuaderno de actividades	147

A manera de introducción



Había una vez un maravilloso país llamado Ecuador, que desde hacía miles de años era habitado por poderosos seres, en apariencia invisibles, que solían crepitar en las fogatas, rugir en las olas del mar, silbar en las montañas y danzar en los remolinos de tierra. Se llamaban a sí mismos $\text{ì} \ast \sim \text{''} \text{^} \times \sim \backslash \smile$
 $\dots \text{^} \smile \text{^} \text{^} \text{^} \text{''} \text{^} \text{^} \times \times \backslash$, que traducido significa 'Guardianes de la Tradición'. Y, aunque pocos humanos podían escucharlos, les gustaba ir por los caminos perdidos, las selvas enmarañadas y los páramos más helados contando historias llenas de animales mágicos, piedras parlanchinas y seres invisibles, mitos y leyendas de un tiempo sin tiempo en los que un gallo de acero cantaba en la madrugada, negras sotas flotaban sobre los adoquines, un niño chamán dominaba el bramido de los truenos, la misteriosa laguna que nadie ha encontrado bostezaba aves blancas, un fantasma elegante solía llevar flores a su

amada y un tesoro escondido cambiaba de sitio cada vez que sus buscadores estaban cerca. Pero, para tristeza de esos seres, la mayoría de las historias que contaban se perdía en el olvido.

Preocupados, mandaron llamar a un duendecito de ojos de capulí y orejas de lechuga, famoso porque, cada vez que se echaba a reír, provocaba que las campanas de los pueblos bailaran y los cimientos de las casas crujieran.

—Tu misión, decidas o no aceptarla, es buscar alguien que escriba algunas de las historias que se están perdiendo —le dijeron a coro.

El duendecito aceptó de buen grado y fue así que, después de buscar inútilmente en la gran ciudad la dirección de otros escritores, una noche de abril se escurrió bajo la puerta del jardín de las luciérnagas y se presentó ante la mecedora donde yo me encontraba escuchando, con los ojos cerrados, el suave rumor de las estrellas. Tan pronto me contó a qué venía, me disculpé explicándole que yo ya había escrito un libro que se llamaba *Leyendas del Ecuador* y otro más titulado *Historias espectrales* y que, al menos por el momento, no pensaba escribir otro.

—Pues no tienes opción —dijo el duendecito sonriendo—. Te exigimos que escribas otra obra que



deberá llamarse *Leyendas del Ecuador 2: Más historias divertidas y asombrosas*.

Suspiré hondo y traté de explicarle que yo estaba escribiendo otros libros que requerían mi urgente atención, pero él insistió y debo confesar que solo logró convencerme cuando empezó a narrarme una de sus maravillosas historias.

16 —Está bien —le dije por fin—. Pero solo con la condición de que al comienzo del libro me dejes contar a los lectores algo acerca de tu singular visita y de buena parte de lo que me has dicho sobre esos poderosos seres de agua, tierra, fuego y viento.

El duendecito aceptó de inmediato y, tras saltar de alegría, se acostó sobre la hierba llena de luciérnagas y empezó su narración. Ah, casi me olvido. Él me dijo que les advirtiera que, si alguien no cree que esto es verdad, él mismo le pondrá el pie al pasar. Advertidos están.

Serafín y el demonio (EL ORO)

Muestra
promocional
Prohibida
su venta
© Santillana

«Me contaron mis abuelos que hace tiempo» un campesino llamado Serafín Monar andaba como loco porque había perdido su pequeña plantación, no le daban trabajo en ninguna parte, no podía pagar la renta del cuartito donde vivía con su familia ni mandar a sus hijos a la escuela. Los amigos se habían esfumado como por arte de magia y nadie, ni siquiera sus parientes, quería ayudarlo. Así que un día se decidió: desamarró a su burrito Pascual y se encaminó a la montaña para hacer un pacto con el demonio, que, como se sabe, es el prestamista más astuto de todos y también el más cruel. Pero, al parecer, ese día Serafín estaba tan pero tan desesperado que no le importaba ni su alma.

17

Subió entonces Serafín al cerro Yayurco con la esperanza de encontrar al demonio y proponerle un trato. Le había dicho alguna vez su abuelo que allí habitó, en tiempos muy antiguos, la comunidad indígena de los nahoas, descendientes de los mayas de Centroamérica. Pensó que, tal vez por ser un lugar especial,

podría lograr lo que se proponía. Una vez en el Yayurco, llamó al diablo desde el borde de las quebradas, pero no obtuvo respuesta. Lo volvió a llamar desde la entrada de las cuevas que se hunden en las laderas y no obtuvo respuesta. Lo llamó de nuevo desde la cañada del río helado que baja saltando entre las rocas y no obtuvo respuesta. Serafín se desesperaba: no podía volver con las manos vacías. En algún momento llegó a creer que el demonio andaba de vacaciones y que quizá por eso no le contestaba. Pero el diablo nunca deja de trabajar, así que, desde los abismos donde estaba, alcanzó a escuchar la voz angustiada de Serafín y voló hasta él cuando ya anochecía.

Cuentan que el demonio encontró a Serafín llorando su desgracia a orillas de la laguna encantada de Chillacocha, recostado sobre el anca de su burrito Pascual.

—¿Por qué lloras tanto? —dicen que preguntó.

Serafín se levantó de golpe y empezó a temblar al mirar a ese ser alto y oscuro pero con ojos de lince.

—No te asustes —le dijo el demonio—. ¿Eres tú quién me ha estado llamando todo el día?

Serafín asintió con la cabeza y tragó saliva, pero tenía la garganta seca y sus rodillas no paraban de temblar.

—Quiero hacer un pacto contigo —tartamudeó por fin.



—Muy bien —rio el diablo—. Empezamos a entendernos.

—Quiero darte mi alma a cambio de mucho, mucho dinero.

—Ese me parece un buen trato —volvió a reír el demonio—. Tengo el infierno lleno de humanos que me han pedido lo mismo.

20

—Me imagino —musitó Serafín.

—Muy bien, trato hecho. ¿Cuándo quieres que venga por ti para llevarte al infierno?

Serafín Monar se quedó pensando unos segundos y dijo:

—Quiero que me lleves mañana.

—¿Mañana? —se sorprendió el diablo—. Es la primera vez que escucho algo así. Por lo general, ustedes, los humanos, piden no menos de cien años, pero, bueno, si esa es tu voluntad, con gusto la cumpliré.

Ya se iba el diablo cuando Serafín le dijo:

—¿Y no vamos a firmar un pacto?

—¿Un pacto? Pero si el pacto ya está hecho.

—No —suplicó Serafín—, quiero que sea por escrito. Aquí traje un papel que dice:

Yo, el demonio, me yebaré a Lucrecio Monar no oy zi no mañana.

—Perfecto —dijo el diablo con una sonrisa de oreja a oreja, y firmó con una cruz al revés que por poco quema el papel.

Serafín Monar le agradeció y cargó en su burrito Pascual los sacos de oro que le había dejado el demonio antes de partir. Una vez en Pueblo Viejo, se dedicó a pagar deudas, comprar terrenos y celebrar con su mujer y sus hijos el feliz cambio de fortuna. A ellos solo les dijo que había encontrado el oro a orillas de la laguna encantada de Chillacocha, pero nada les mencionó de su terrible pacto, para que no se asustaran sin necesidad.

Al día siguiente, como estaba acordado, el demonio se presentó para llevarse a Serafín.

—Un momento —dijo entonces este, ante la sorpresa del diablo.

—¿Hay algún problema? —quiso saber él.

—Sí —dijo Serafín—. No estás cumpliendo con el trato.

—Estoy cumpliendo fielmente. Quedamos en que sería mañana y mañana es hoy —dijo el demonio frunciendo el ceño.

—No —dijo Serafín—. En el trato que tengo aquí dice claramente: «Yo, el demonio, me yebaré a Lucrecio Monar no oy zi no mañana». Así que no me puedes llevar hoy sino mañana.

21